

Iglesia Episcopal de San Mateo / San Mateo

15 de Pentecostés, 19 propio, 13 de septiembre de 2020

LECTURAS:

Génesis 50: 15-21

Salmo 103: (1-7), 8-13

Romanos 14: 1-12

Mateo 18: 21-35

En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.  
Amén.

Martin Luther King, Jr. dijo una vez: "El perdón no es un acto ocasional, es una actitud constante".

En nuestra lectura de hoy del Evangelio de Mateo, Pedro le pregunta a Jesús hasta dónde tiene que llegar realmente con esta "cosa del perdón". Él sabe que perdonar a otras personas así como queremos que Dios nos perdone es parte de la oración que Jesús ha hecho a los discípulos y a la iglesia. También puede estar pensando en la antigua tradición rabínica de que una persona debe perdonar a otra que ha pecado contra él hasta cuatro veces. Entonces, piensa Peter, ¡perdonar siete veces es generoso!

Jesús dice que no a esa idea y le dice a Pedro que debe perdonar setenta veces siete. Y luego, Jesús cuenta una de sus famosas historias.

En esta historia, hay un rey con un esclavo que le debe diez mil talentos. Un talento era una pieza de plata que valía alrededor de 10.000 denarios. Un denario era la paga por un día de trabajo, por lo que diez mil talentos se convertirían en cien millones de denarios. Eso es cien millones de días de trabajo, una suma imposible. ¡Uno de mis recursos de predicación dice que la deuda del esclavo sería como deber un "billón" de dólares!

En los días de Jesús, una persona con una deuda podía ser enviada a prisión hasta que se pagara. Entonces el esclavo le ruega a su amo que tenga paciencia y él le paga. Estoy seguro de que el rey sabe lo absurda que es ESA idea. NO hace lo que le suplicó el esclavo. En cambio, ¡inmediatamente perdona toda la deuda!

Cuando el esclavo se va, se encuentra con otro esclavo. Mateo nos dice que el segundo esclavo le debe al primero cien denarios, una pequeña fracción de la deuda que el rey acaba de perdonar. ¿Nuestro esclavo perdona como ha sido perdonado? ¡No! Ahoga a su coesclavo y luego lo encarcela.

Cuando el rey descubre cómo se ha comportado el esclavo, se enoja mucho. "Te perdoné toda esa deuda porque me suplicaste. ¿No deberías haber tenido misericordia de tu compañero como yo tuve misericordia de ti?" Entrega al esclavo "para ser torturado" hasta que se pague toda la deuda.

Y luego Jesús declara el gran problema, para Pedro y para nosotros. "Así también mi Padre celestial hará con cada uno de ustedes, si no perdonan a su hermano o hermana de corazón".

¡Ay! Debemos tener cuidado con lo que oramos, como dice el viejo refrán. ¡Podríamos conseguirlo! Debemos perdonar, o como el esclavo de la parábola, sufriremos el castigo.

San Agustín dice en su comentario a esta Escritura que el cumplimiento del mandamiento de perdonar como somos perdonados exige "la obediencia más vigorosa". El perdón es a menudo MUY difícil. Creemos que si perdonamos, nos convertimos en felpudos para que otros puedan caminar. Creemos que perdonar a los demás significa que los invitamos a abusar de nosotros o abusar de otros.

No es cierto, nos dice San Agustín. Todos estamos en deuda con Dios, dice, así como otras personas están en deuda con nosotros. Todos los días oramos para ser perdonados como perdonamos a los demás. "¿Cuáles de nuestras ofensas",

pregunta Agustín, queremos que sean perdonadas, "todas o sólo algunas? Todas, responderás. Haz lo mismo, por tanto, con los que te han ofendido".

José encontró perdón y consuelo para sus hermanos en nuestra lectura de Génesis de hoy. "¿Estoy en el lugar de Dios?" él pide. "Aunque tenías la intención de hacerme daño, Dios lo hizo para bien ... Yo mismo proveeré para ti y tus pequeños".

Y San Pablo nos recuerda en su carta a la iglesia en Roma que no debemos juzgarnos ni despreciarnos unos a otros porque "todos estaremos ante el tribunal de Dios".

Pero, ¿por dónde empezamos a perdonar, cuando alguien realmente nos ha herido o dañado? ¿Por dónde empezamos cuando sabemos lo que debemos hacer y no QUEREMOS hacerlo?

Como José, comenzamos con el conocimiento de que no estamos en el lugar de Dios.

Rosemond E. Herklots, quien escribió la letra del Himno 674 en The Hymnal 1982, sugiere que la gracia de Dios es donde comenzamos. Ella escribe: "'Perdona nuestros pecados como nosotros perdonamos', Señor, nos enseñaste a orar, pero solo tú puedes concedernos la gracia para vivir las palabras que decimos". Y, dice, seremos pacificadores cuando confiemos en el poder de Dios para "limpiar las profundidades de nuestras almas y pedir que cese el resentimiento."

Luego nos damos cuenta de que podemos confiar en la gracia de Dios y su poder para ayudarnos cuando tenemos a alguien a quien debemos perdonar. Solo tenemos que pedirle que nos ayude.

La oración es un buen paso siguiente. Ernesto M. Medina sugiere en uno de sus sermones titulado "Pedro vino y dijo" que el camino hacia el perdón podría comenzar con una oración de diez segundos.

Imagínese a la persona a la que necesita perdonar.

Ofrezca esta oración:

Dios misericordioso, te elevo (nombre de tu enemigo "favorito"), para que conozcan el amor que tienes por ellos. Amén.

Deja entrar a Dios.

Deja que Dios trabaje.

Deje que Dios le ofrezca libertad para perdonar.

Escuche esta historia de C. Michael Hawn, profesor emérito distinguido de la Universidad de Música de la Iglesia en la Universidad Metodista del Sur:

"Estuve en Sudáfrica en 1998 durante la presidencia de Nelson Mandela. El arzobispo Desmond Tutu le entregó al presidente Mandela los volúmenes encuadernados que contienen los resultados de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación. Estaba sentado entre un grupo de ministros metodistas blancos y negros viendo esta histórica ocasión en la televisión cuando Tutu hizo referencia a una de las muchas revelaciones importantes que tuvieron lugar durante el proceso que la Comisión esperaba que condujera a la curación y la esperanza de Sudáfrica. En un momento, Tutu recordó a una mujer negra que le preguntó: '¿Quién asesinó a mi esposo?' Tutu respondió: "No lo sabemos". Sin embargo, insistió y continuó: "Debo saber quién mató a mi marido". Una vez más, el paciente Tutu respondió: "Lo siento, pero es posible que nunca sepamos quién mató a su esposo". Sin embargo, su pregunta persistió. Finalmente, Tutu preguntó: "Mi querida señora, ¿por qué debe saber quién mató a su marido?" Ella respondió simple y tranquilamente, 'Para que pueda perdonarlo' ".

Como dijo Jesús en nuestro Evangelio hace unas semanas: "Escuchen. Que todo el que tenga oídos escuche".

Amén.

Sent from my T-Mobile 4G LTE Device